

# La llegada de Don Lorenzo a la Argentina

Mary Mabel Prieto

Este relato pertenece a mi padre, el señor Lorenzo Prieto, que en el año 1920, aproximadamente, arribó a la Argentina. Su hija, Mary Mabel, es quien les escribe estas líneas. Cómo y en qué circunstancias mi padre llega al país son el resultado de una búsqueda y recopilación de hechos, que fueron trascurriendo a lo largo de toda su vida y nos permiten ahora llegar a estas conclusiones.



*Foto de Don Lorenzo*



*"En mi tierra había de todo,  
frutas, árboles,  
flores..." Palabras de Don  
Lorenzo.*

A los catorce años tomó algunas provisiones (una riostra *(sic)* de chorizos según sus propias palabras) se escapó de su casa y sube a hurtadillas en el barco que lo lleva a conocer “La América”. Ese sueño tras el cual ya habían partido dos de sus hermanos y algunos primos de su Piedralba natal (pequeña localidad perteneciente al Municipio de León<sup>1</sup>, más precisamente a 5 kilómetros de Astorga). Viaja agazapado en la bodega, junto al equipaje de tantos inmigrantes. Al llegar a destino se escabulló entre el gentío y consiguió salir evadiendo el control del puerto. Por este hecho mi padre no tenía ningún documento que acreditara de dónde venía ni adónde iba y, con el correr de los años, lo tuvo que solucionar, pero eso se los voy a contar *(sic)* más adelante.

Con una vaga idea de dónde podrían hallarse sus primos que vivían en Buenos Aires, camina y camina hasta que los encuentra y, además, averigua el paradero de sus hermanos que no se habían establecido en esa provincia. Mientras tanto empezó a trabajar para ganarse el sustento en el negocio que sus familiares tenían, un almacén de ramos generales. Vaya a saber por qué razón no se halló en ese lugar y realizando esa labor,<sup>2</sup> así que un buen día decide irse de ahí sin decir nada, pasando irremediamente un tiempo como vagabundo hasta que decide el paso a seguir.

Eran dos los hermanos de Don Lorenzo que habían llegado al país y tomaron rumbos diferentes, el mayor de nombre Bonifacio, se había establecido con un viñedo en la capital de Mendoza y Francisco que había adquirido un terreno y vivía de la producción de su quinta en la capital de la provincia de Santa Fe. Con esta información partió al encuentro del primero de ellos.

Bonifacio se radicó definitivamente en esa provincia y formaría su propia familia. Debido a la gran producción de su viñedo (labor que conocía gracias al bagaje traído de su país natal) sería dueño de un hotel, en la misma localidad, y aseguraría de esa forma un buen pasar económico tanto suyo como el de su descendencia.

Bajo la tutela de su hermano mayor, Don Lorenzo se desempeña como viñatero *(sic)* por un tiempo bastante breve, ya que pareciera no encontrar tampoco allí el lugar dónde aquerenciarse... hasta que el nacimiento de su primera sobrina en Santa Fe, María, hija de su hermano Francisco, lo trae hacia esta ciudad, más precisamente al norte de la Avenida Aristóbulo del Valle. En la foto que sigue se puede observar, habiendo transcurrido el tiempo, la familia constituida del mismo.

<sup>1</sup> La autora quiere decir: provincia de León (N.E.).

<sup>2</sup> No se encontró a gusto (N.E.).

La sobrina María jugaría un papel importante en los sentimientos de mi padre hasta el final de sus días, sobre todo después de que pasado unos cuantos años una coincidencia asombrosa nos dejaría a todos perplejos.



*Casamiento del hijo de Francisco (éste está a la derecha de la imagen, de pie junto a su esposa)*



*Foto de Don Lorenzo*

De a poco, Don Lorenzo (como todos le decían) fue forjando su vida con el conocimiento. Aprendió de la calle y las cosas que sus padres le habían inculcado. Se relacionaba con mucha gente debido a su carácter extravertido (*sic*) tal es así que, en su juventud, ofició de taxista, gracias a que un amigo le prestaba el coche para hacer fletes.

El destino lo llevó en uno de sus tantos viajes a la localidad de Vera, al norte de la provincia, donde conoció a la que sería su futura esposa, Juana María. Ella era una joven muy agraciada, hija del jefe de estación de dicho pueblo y de una costurera de la empresa La Forestal, sus raíces provenían del norte de Argentina (Corrientes) y del vecino país del Paraguay (Encarnación). Para los que no saben y los que ya no se acuerdan, ser jefe de la estación de una localidad representaba en ese momento un cargo elevado social y económicamente hablando. Don Lorenzo tuvo que apelar bastante al ingenio para con los padres de la novia, al principio de la relación, para estar a la altura de las circunstancias. Además en esos tiempos existían ciertas normas y requisitos que debía cumplir el candidato “sine qua non”, antes del matrimonio. Una de las anécdotas más simpáticas inventadas por mi padre, para ganarse la aprobación de sus futuros suegros, fue hacerles creer que él era uno de los dueños de una importantísima empresa de alfajores santafesinos y que tenía varios coches (inclusive el que le había prestado su amigo). Era bastante pillo.



Para los carnavales, mi abuelo (traje blanco) con sus hijos y algunos amigos. La Costanera santafesina, al fondo.



Imagen de Juana María, mi mamá.

Al final de cuentas se salió con la suya y se casó con Doña Juana María, trayéndola a vivir a Santa Fe y mostrándole una realidad a la que no estaba acostumbrada, lo cual fue bastante duro y difícil de aceptar hasta aún pasados ciertos años de matrimonio. Al principio se instalan al sur de la ciudad, subsistiendo de un comercio que con el tiempo sólo daría pérdidas, producto del mismo entorno marginal y las inundaciones que azotaban a la ciudad.

Entre las muchas labores en las que se desempeñó Don Lorenzo, también figuraron la de ser empleado de una vinería antiquísima de Santa Fe, empresa a la cual le dedicó muchos años de su vida y múltiples sacrificios. Manejaba un furgoncito de la bodega, realizando trayectos que para ese momento eran una travesía, tanto por las condiciones de las rutas como del vehículo que a veces funcionaba y a veces no... En fin lo cierto era que mi padre, con su pequeña figura, cargaba al hombro las hordas lesas<sup>3</sup>, que eran bastantes pesadas, “sin

<sup>3</sup> No sabemos exactamente a qué tipo de contenedor de vino se refiere, en todo caso el sentido está claro. No pueden ser barricas bordelesas, por su alta capacidad y muy peso, casi 250 kg (N.E.).

chistar”. Recuerdo imborrable fue esa vez que manejando la camioneta de la bodega y rumbo a una localidad vecina, queriendo cruzar el paso a nivel del ferrocarril, el vehículo detiene la marcha sobre las vías en el momento que una locomotora se acercaba. Mi padre le grita al peón que viajaba con él que se baje urgentemente. Al no tener respuesta del vehículo también intenta bajarse pero la puerta del lado del conductor no se puede abrir, estaba averiada. Ante la mirada atónita de la gente del lugar la locomotora impacta contra el camioncito arrastrándolo por las vías unos cuantos metros. Nadie creía que hubiese sobrevivido a tamaño choque, pero después de unos minutos que parecieron siglos, se dan cuenta que Don Lorenzo había sobrevivido, pálido dentro de la cabina. Sorprendentemente al tiempo la empresa presentó quiebra sin siquiera indemnizarlo.



D. Lorenzo junto a sus hijos,  
Richard y Rolando.

Las penurias que pasaron (bastante ajenas a la realidad en la que vivía mi mamá) hicieron que mi abuelo les sugiriera mudarse a la ciudad de Esperanza, lugar al que él había sido traslado por el Ferrocarril, también apresuraba las cosas el hecho de que papá había comenzado a forjar su descendencia. Orgullosa y altanero se niega al traslado, hasta que otra mudanza más cercana de mi abuelo los lleva a trasladarse al barrio Sargento Cabral. Allí podría decirse que se desarrolla la mayor parte de la historia de mi familia.

Con los años, Don Lorenzo vivió con mucho entusiasmo la llegada de sus hijos, que por cierto fueron cinco: Richard Osvaldo, Rolando Mario, Mary Mabel, Lorenzo Manuel y Roberto Pablo. En ellos vio reflejadas aquellas características tan típicas que trajo consigo, amor por el trabajo, su tenacidad y sobriedad.

Al principio vivimos en una casita precaria hecha de adobe y techo de paja, toda pintada a la cal, cercana a la Iglesia San Roque, llegando a subsistir en un tiempo gracias al trabajo de toda la familia en las quintas. Vienen a mí los recuerdos de la recolección de zanahorias, junto a mis hermanos, para ganarnos el pan con mate cocido diario.

Luego papá instaló un quiosco de revistas que funcionaba en un club muy conocido que lleva el mismo nombre del barrio, a partir de allí comenzaron



En la foto estamos mi hermano y yo.

a marchar un poco mejor las cosas y se dio el lujo de comprar, gracias al sacrificio y el ahorro, la casa de mi abuelo materno que aún conservamos hasta nuestros días. Con su arquitectura italianizante está situada en la misma zona y guarda muchísimas historias y vivencias, recuerdos de infancia, mi casamiento e inclusive el día de la partida eterna de mis padres (antiguamente era costumbre velar a las personas en las viviendas donde residían).

El negocio se transformó en un punto álgido del barrio, gracias en parte a su ubicación estratégica, como debido

a la personalidad de mi padre muy sociable en el trato, actitud que se volvía más reservada hacia su familia. Traía todo tipo de revistas tanto nacionales e internacionales que yo leía con mucho agrado.

Un recuerdo muy marcado de la testarudez de mi padre fue el día que decidí cortarme el pelo, que hasta ese entonces eran bucles largos. Estuvo una semanaza (*sic*) sin ir a comer al mediodía con todos nosotros y ante los cuestionamientos de mi madre, por tal actitud inexplicable, respondía que yo con el pelo largo le hacía recordar a su madre.

Haciendo memoria, mi padre nos contaba anécdotas y costumbres de su pueblo natal entre las montañas y con un clima un poco rudo. Era habitual que sacara a pastar a las ovejas y, si el tiempo se ponía difícil, quedarse acurrucado entre ellas y dormir en la montaña hasta que pasara el temporal.



Roque, el hermano mayor de D. Lorenzo, que quedó en España.

El padre de Don Lorenzo era veterinario en su pueblo, ponía herrajes a los caballos o curaba algún animal herido, si era preciso. En su mula iba en caso de alguna urgencia al lugar que lo solicitaran o, si no, atendía en su casa. Papá también sonreía al contar que se armaban fogones en los rincones de los establos (tanto o más confortables que las viviendas en las que ellos vivían, ya que de ello dependía su subsistencia), en invierno las mujeres solían reunirse allí para bordar y conversar, ocasión que no desaprovechaban para tramar alguna travesura con sus “compinches”. Otra historia simpática fue en los momentos que auspició (*sic*) de monaguillo en la parroquia local. Sus fechorías

eran incontables, hasta llegó a hacer sonar las campanas a media noche, que en aquel tiempo sólo se reservaba como un medio para transmitir acontecimientos importantes a la comunidad. Eran justificadas las zurras que le propinaba el padre.

Después de su pronta partida, Don Lorenzo no volvió a saber más nada de su familia en Castilla La Vieja<sup>4</sup>, esa denominación, que actualmente está en desuso, él la sostuvo hasta el final de sus días. Por conjeturas que hicimos y algunos relatos suyos sabíamos que tenía una hermana melliza, pero había perecido ahogada desde muy pequeña edad en las orillas del río y que, su madre, Manuela, también corrió la misma suerte muchos años después en una de sus tantas idas a lavar la ropa a ese lugar, tal vez por la angustia de su partida.



Carmelina, hija de Roque, autora de la carta que sigue.

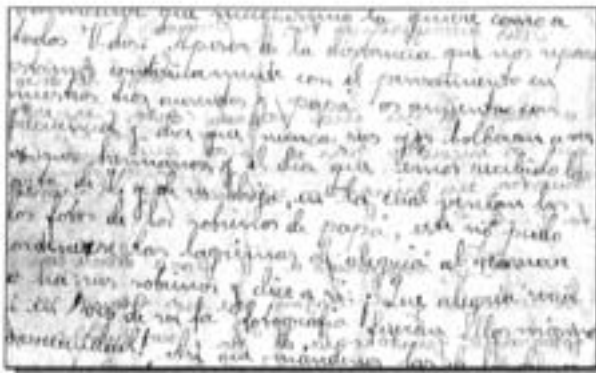
En uno de sus viajes a Mendoza, habiendo transcurrido muchos años, yo ya era jovencita, trae contento la dirección de sus familiares en España, de los cuales había perdido contacto totalmente. Sólo había quedado un hermano, Roque que tuvo muchos hijos (7 u 8). Así que por mi parte comencé a cartearme con mis primos en España, uno de ellos fue Carmelina y otro Amado. Incluso llegué a recibir gracias a un amigo de mi padre que fue hasta allá a recibir una herencia, unos cuantos regalos que aún conservo como: un pañuelo con la imagen de la catedral de Santiago de Compostela, una mantilla negra y un pañuelo blanco.

Esta prima, Carmelina, escribía desde España la carta (respondiendo a una que yo le había enviado) que sigue a continuación bastante deteriorada por el paso del tiempo. El encabezado dice Piedralba, 16 de diciembre de 1952 (siempre nos contactábamos en las proximidades de las fiestas navideñas), iba acompañada con una postal y unos versos de su puño y letra. Como acotación al margen les comentó que esta prima vino a trabajar como ama de llaves a la ciudad de Montevideo, Uruguay, por un tiempo y al final contrajo matrimonio y se quedó allí.

Muestro en la página siguiente el derecho y revés de la carta y, al final remarqué una parte en especial (que luego transcribía para que se pueda

<sup>4</sup> La provincia de León no pertenecía a Castilla La Vieja, sino al Reino de León (N.E.).

entender con más nitidez) que refleja el sentimiento de añoranza y anhelos de reencuentro de la familia Prieto.



En la carta se puede leer: “a pesar de la distancia que nos separa estamos continuamente con el pensamiento en nuestros tíos ausentes” y papá dice que nunca sus ojos volverán a ver a sus hermanos, y el día que hemos recibido la carta de V., y de su hija, en la cual venían las dos fotos de los sobrinos de papá, éste no pudo contener las lágrimas de alegría al reconocer a sus sobrinos y dice así: “Qué alegría sería si en vez de ver la fotografía fueran ellos mismos en realidad”. Tío, ¿por qué no se decide a ver de vuelta (*sic*) a vuestra patria, en la cual habéis nacido y tenéis en ella a vuestro hermano y cuñada, también vuestros sobrinos? ¡Si Dios quisiera que llegara un día en que nos viéramos en realidad!



Este deseo no se pudo concretar, ya que desgraciadamente ninguno de los hermanos volvió a reencontrarse con la familia y la madre patria. Salvo la comunicación a través de las cartas no hubo otra forma de contacto con ellos y esto fue también hasta cierto tiempo ya que, entre otras cosas, los trajines de la vida diaria y la misma distancia cerraron el diálogo.

Volviendo al relato, con ese amigo muy cercano de papá que mencioné anteriormente vivimos muchas anécdotas. Él repartía en bicicleta productos de panadería. Visitaba con asiduidad mi casa, eran muy compañeros, tal vez, por ese lazo de sangre que los unía. Ese amigo consiguió una vez un par de entradas (costosas para la humilde realidad en la que vivíamos), para ir a ver en el Teatro Municipal, que en esos momentos pasaba por una situación difícil, unos títeres de Podrezca, eran del tamaño de una persona, parecían muy reales. Yo tenía ocho años y todavía me acuerdo de aquellas figuras movidas por hilos y vestidas tan hermosamente. Nunca más se volvió a repetir una función como esa en la ciudad.

Un dato muy importante sobre Don Lorenzo fue el hecho de que nunca se nacionalizó argentino, nació, vivió y murió como ciudadano español, situación de la que se jactaba y sostenía para con sus hijos, estaba muy orgulloso. Cuando tuvo que tramitar su jubilación, amén del documento de identidad que había portado toda su vida y de dudosa vera-



Imagen de mi compromiso.



Aquí estamos con mi marido e hijos.  
De izq. a dcha.: Óscar, Natalia, Marcela y Cristian.

ciudad (hecha gracias a la “gauchada” (*sic*) de algún conocido), un amigo que trabajaba en el consulado viajó a España a buscarles la partida de nacimiento, para hacer las cosas debidamente, y supo que la localidad en la que estaban los datos se había incendiado, así que debió ir hasta la parroquia donde estaba registrado su bautismo para conseguir felizmente la documentación.

Con respecto a mis hermanos, que hasta el momento no los había mencionado, al crecer tomaron diferentes rumbos desempeñándose en diferentes áreas comerciales. Ninguno de ellos llegó a formar su familia. Yo por mi parte sí constituí la mía, me casé con un hijo de inmigrantes italianos que se habían establecido en la zona de Ascochingas, nuestra descendencia la forman cuatro hijos, dos varones y dos mujeres.



*Mis padres a la derecha de la foto y mis suegros hacia el otro extremo*



*Durante la fiesta estoy junto a mis hermanos (de izq. a der.):  
Roldando, Lorenzo, Roberto y Richard.*

Estando ya casada, y con dos de mis hijos nacidos, mamá es víctima de una larga enfermedad que termina cobrando su vida, irónicamente en el momento que Don Lorenzo viaja a Mendoza a visitar a su hermano. A su regreso se entera de la triste noticia. Después del fallecimiento de mi madre, papá, en un hecho inexplicable, quemó un montón de cosas, entre ellas documentos, fotos, cartas con los datos de los parientes de España. Decidió vivir solo en la casa hasta sus días.

Pasaron los años y los familiares de Mendoza (excepto Bonifacio) pudieron viajar a España. Buscaron a la deriva la casa paterna de los Prieto, ya que no tenían datos exactos, ni quedaban descendientes que vivieran en ese pueblo y un taxista muy cordial que conocía a los lugareños, los llevó a ver la casa de piedra en la que papá había nacido, que ya era propiedad de otra persona. Emociones muy fuertes vivieron. Les dijo que eran gente muy querida. Tuvieron la dicha de conocer a una de las hijas de Roque y ¡oh casualidad! era un fiel reflejo de la sobrina María que vivía en Argentina. Es increíble cómo se mantiene la genética a pesar de los diferentes rumbos que tomó la familia. Observando las fotos podemos notar las similitudes en el pelo, las facciones del rostro, la contextura física.

Soberbio como era papá, no quería dar el brazo a torcer, en su avanzada edad andaba en bicicleta o caminando por todos lados. No fue pequeño el susto que nos dimos al enterarnos un día que se había ido a una localidad cercana, distante 20 kilómetros de la ciudad, llamada Recreo, en bicicleta a casa de unos familiares porque tenía ganas de verlos... a los 84 años.

Nos visitaba con frecuencia en la casa que habitamos con mi familia, trayecto que no era nada cercano, considerando la edad que tenía, tal es así que una vez recorrió toda la Costanera a pie desde su casa y llegó hasta la comisaría de mi barrio, para ese momento estaba exhausto y los policías de



*La sobrina María junto a otros  
Familiares en el centro de la foto*



Con mi hermano Rolando (Yoly), celebrando su cumpleaños.



En esta ocasión estamos celebrando nuestro aniversario de casados.

la seccional lo trajeron en patrullero hasta mi casa.

Con la fortaleza que lo caracterizaba se quedó con nosotros hasta los 94 años y estoy convencida de que partió de este mundo cuando él lo estimó conveniente, ya que era una persona sanísima. Mi hermano mayor, con el consentimiento de todos nosotros, sugirió que las cartas y notas que había atesorado prolijamente en su armario no fueran vistas ni leídas por nadie, así que se quemaron a los pocos días de su fallecimiento.

Nuestras vidas transcurrieron normalmente y mi rol que, desde el principio, como única mujer de la casa, era el de secundar a mi madre en las labores cotidianas. Durante su presencia pasé prácticamente a ocupar su lugar a partir de su ausencia. Fue así que me ocupé de papá cuando quedó solo y luego a mis hermanos le di asilo en casa y cuidé junto a mi marido y mis hijos hasta que de a uno (*sic*) se fueron yendo de este mundo; por desgracia fueron víctimas de fuertes enfermedades a temprana edad. Actualmente sólo quedamos mi hermano Rolando y yo, con el cual nos vemos con frecuencia.

Estos relatos, debido en parte a cómo se fueron dando las cosas y al recelo que se tenía en cuanto a estos temas personales, que no se comentaban casi nunca de padres

a hijos, me condicionaron al hecho de que contarlos verbalmente sea la forma en la cual mis hijos supieran de la historia de la llegada de su abuelo a este país, cómo encontró a sus hermanos y, fundamentalmente, entender el por qué de ciertos hábitos y actitudes que observo perpleja hasta hoy en día reflejados en ellos.

Me despido agradeciéndoles la oportunidad que me brindan para plasmar este relato y así hacerles conocer esta historia, la historia de mi papá, de mi familia y la mía, ya que de otra manera se perdería en el tiempo. Muchas gracias.